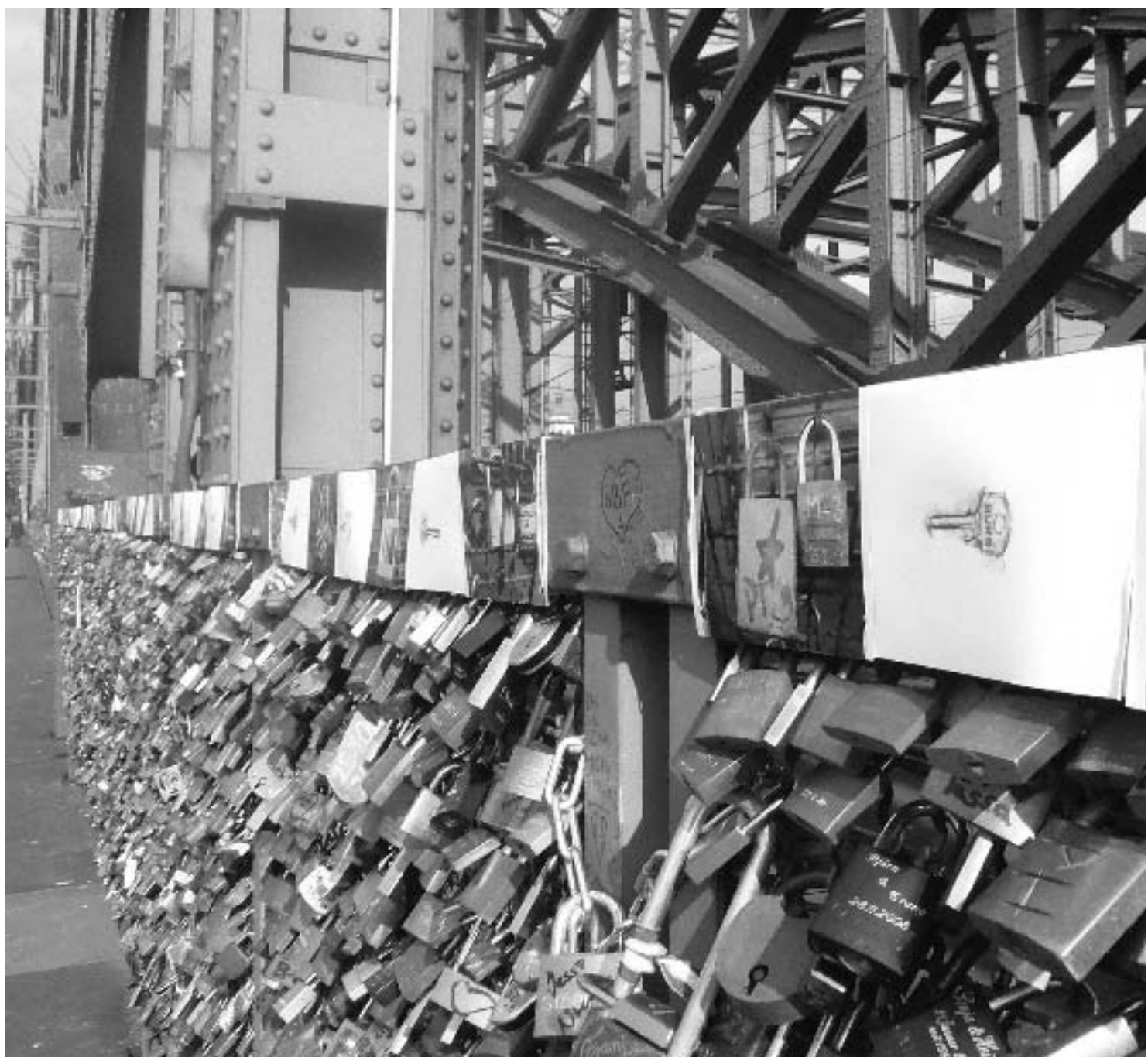


en la era de



Galería de Papel. Ritual. García Riechert. Colonia, 2010.

Hombre, sujeto y realidad la digitalización



Se trata de una reflexión de antropología filosófica acerca del hombre y su transformación a sujeto social en la era del ciberespacio. El autor plantea que el hombre-sujeto social se transforma en otra cosa en donde se va perdiendo la capacidad de ver y empezamos a ser vistos... ¿Es la deshumanización del ser?

■ Massimo Desiato

I) “Y EL MARCIANO ENCONTRÓ AL HOMBRE, Y TUVO MIEDO”

El hombre es un ser que se puede deshumanizar a sí mismo y no darse cuenta.

MASSIMO DESIATO

Érase una vez el hombre. Así podría comenzar un nuevo tratado sobre lo que suele llamarse antropología filosófica, disciplina que, con este comienzo, determinaría su propio fin. Y, tal vez, de eso se trata; de acabar con las antropologías filosóficas de todo tipo, esas suerte de éticas fundamentales que ya no sirven para actualizar una crítica a un mundo desbocado en una globalización aberrante, en un turbocapitalismo aterrador, en una serie de contradicciones que no van a resolverse solas, por arte de magia, por encanto; que no son, ni serán, como quería Marx el motor de la historia, pues cuesta creer que haya todavía historia, es decir, creación de nuevo sentido. A lo sumo lo que queda es motor, mucho motor. De allí la expresión *turbocapitalismo*. Motor acelerado hasta más no poder.

En esta aceleración, la configuración que solíamos llamar *hombre* desaparece. Emerge una generación en el ciberespacio

de *mutantes*. El hombre se transforma en otra cosa, algo que se hace frente a nuestros propios ojos que van perdiendo, a causa de la desaparición misma de nuestra configuración, la capacidad de ver. Ya no vemos, somos vistos. Y lo somos en más de un sentido. Y ya se ha dicho mucho. Ya lo que se afirma es excesivo.

Se habla de hombre como configuración porque ya no es posible creer en una *esencia* humana; ni siquiera el término *condición humana* puede satisfacer. Y, aún así, se habla de mutantes. ¿Qué es lo que muta hasta el exceso de no ser ya un quién, un sujeto, sino una mera digitalización montada en un tecnocuerpo? Y si muta, ¿respecto de qué lo hace? Tal vez haya que hablar de *posición del hombre* frente a lo que muta, su mudar, su ser nómada y rizoma.

La respuesta ya ha sido dada: muta de una configuración a otra y ésta ha de ser entendida como una *traza de posición*. “En el análisis de la configuración, los individuos aparecen en alto grado, tal como se les puede observar, como *sistemas peculiares abiertos, orientados mutuamente entre sí*, vinculados recíprocamente mediante interdependencias de diversas clases y, en virtud de éstas, formando conjuntamente configuraciones específicas”.¹

Trazados de un modo tal que sólo podemos reconocernos en esa delgada línea roja, en ese umbral donde lo que es humano y lo que no lo es se pone como un incierto afuera. El hombre es un habla de límites, entendidos estos últimos como combinaciones y recombinaciones de un alfabeto explorado miles de veces y siempre *terra incógnita*. El hombre es la incógnita de sí mismo, es una configuración que se desconfigura para reconfigurarse. El problema es que en tal ir y venir pueda no reconocerse, extraviarse definitivamente, apabullarse él mismo con tanta pregunta y tanta respuesta: ser sólo espacio *cyber*. Desaparecer. No comprender que ha de comprender su propia disposición a la comprensión.

Sin fundamento, injustificable, pero siempre a la búsqueda de una posición de fondo desde el cual avizorarse y reconocerse, vigía de su propia traza y posición, trazada por otros, y por otras cosas, materias y resortes de una objetividad arrojada por miles de micro actividades, por prácticas cotidianas aparentemente inocuas, y que inofensivas terminan por ofender el reconocimiento mismo: este es el hombre. ¿Cómo no pensar que el conocerse a sí mismo es un acto de *autofundación* en el seno de un desfondamiento que, cual abismo, todo se lo traga? Una autofundación en el corazón mismo de la otreidad activa y de la otreidad pétrea, de la que hace ser y de la que aniquila al quién o que, de manera menos fuerte, lo sujeta.

¿Quién soy yo Dios mío?, preguntaba San Agustín en las *Confesiones*. ¿Quiénes son éstos, y nosotros en éstos?, preguntamos nosotros desde la congoja de saber que sin conocerlos a ellos, o a *ello*, no podemos conocerlos, autofundarnos, cuidarnos en un ciberespacio que se desborda en la realidad desdibujándola. Meterse en una funda, protegerse del estallido de miles de sentidos que conducen inevitablemente a la pérdida de sentido, es decir, al extravío de la pregunta por el sentido. El sentido ya no tiene sentido, no puede ser evocado en la ontología *cyborg*. He allí el mutante.

*Y el marciano encontró al hombre,
y tuvo miedo.* ²

2) CONFIGURACIÓN Y MARCIANOS

Configurado, el hombre desaparece bajo el peso de figuras poco delineadas, intermitencias de modas y felicidades a la carta, hasta que, en su propia configuración

“

**¿La imaginación al poder?
El marciano se asusta aún más
y responde: “el poder contra la
imaginación”, el poder como bloqueo
de la imaginación, el poder
como un perpetuo estar, el poder
piedra, imagen ancla, un poder
masturbatorio que poco
hace excepto *poderse*.**

”

comienza a no entenderse: una configuración configurada para comprenderse, y que no lo logra, es lo más cercano a la desaparición. A la desconfiguración radical que haría imposible la comunicación entre los seres humanos. Paradoja extrema del ciberespacio: la multiplicidad de informaciones, de los sistemas informativos, no sólo no alimenta la comunicación, sino que la elimina.

Configuración, composición de las partes cuya peculiaridad determina el vivir y lo vivido; conformidad, semejanza, acción y efecto de componer, el hombre, en tanto configuración, se compone a sí mismo y a sí mismo se descompone. Parte entre partes, y nunca un todo, jamás una indivisión, sino una única e ilimitada capacidad de dividirse: un cruce, una tentación. El hombre, una cruz que no se logra cargar, a tal punto que aparecen tendencias transhumanizadoras, sujetos con tecnocuerpos, digitalizaciones que son ellas mismas sujetos. ¡Sí, es posible un sujeto sin hombre!

En todo caso, y volviendo a nuestro tópico, no debe sorprender si el marciano que encuentra al hombre se asusta. ¿Quién rayos es este ser que se desvanece como aleatoria combinación semántica, léxicos y redescrpciones de léxicos, en pleno estallido de una imagen audiovisual, de una imagen internauta e *internada*, léxicos que enmudecen repentinamente frente a una imagen que, cual totalidad, totaliza el todo, no conociendo el movimiento perpetuo de la destotaliza-

ción, esa fisura de la totalidad que evita los totalitarismos de la vida cotidiana, ese cerrarse sobre el sentido prefigurado, enlatado, empaquetado y paquete que la práctica capitalista globalizadora vende a buen precio. Ya no se trasciende si no se hace con base en la tecnología de punta.

Objetivado en la nueva *imagen cyber*, en la *cyber-realidad* asistimos a una nueva configuración que desfigura y figura la antigua autocomprensión mediante la confrontación, asimilación, conservación de los grandes textos, los monumentos de nuestra tradición occidental, y no tan occidental. Nuevo poder el ciberespacio convierte el hombre en imagen, textualidad, metáfora, máquina deseante y necesitada, todo menos sujeto, al menos no un sujeto capaz de iniciar una acción. Permite el *sujeto sujetado* del cual hablara Foucault. El sujeto que no habla, sino que es hablado. Ciberpoder.

¿La imaginación al poder? El marciano se asusta aún más y responde: “el poder contra la imaginación”, el poder como bloqueo de la imaginación, el poder como un perpetuo estar, el poder piedra, imagen ancla, un poder masturbatorio que poco hace excepto *poderse*.

Configurarse para hacerse comprender por el marciano, para que éste no sienta ya miedo frente al hombre, para que el hombre no sea *aquel inútil faro de la noche*, para que no sea noche y sea faro; y desde la inutilidad funde la utilidad de un sentido que sólo se sostiene sobre el co-sentido de otros que no tienen, a su vez, miedo al marciano.

Configurarse para mutar con los mutantes sin caer en un relativismo aberrante; mutar con el viático de la crítica constructiva, criticar para que nos comprendamos más allá de la necesaria confrontación generacional, sin perder el contacto.

Configurarse para el marciano: “El crimen perfecto es el de una realización incondicional del mundo a partir de la actualización de todos los datos mediante la transformación de todos nuestros actos, de todos nuestros acontecimientos en información pura; en suma: la solución final, la resolución anticipada del mundo por clonación de la realidad y exterminación de lo real a manos de su doble”.³

Discretos como el marciano y su miedo, y su incapacidad de configurarse, que eso es sólo cosa de hombre, cada vez más palabra vacía, estéril humanismo. Es hora que conduzcamos nuestro conocer frente a lo terrible, lo casi insopportable, lo apenas soportable, la intemperie y su fie-

bre. Nosotros los hombres de paja, los que viajan de noche por caminos oscuros y se reparan en posadas de paso y que, a diferencia de K. en *El Castillo* no tengan que enfrentar la deshumana letra de Kafka que comienza su obra diciendo: “Ya era de noche cuando K. llegó”.⁴ No dijo: “Era noche”. Sino: “Ya, era de noche”. Es decir, era tarde, demasiado tarde para ver el castillo (“ni el más débil resplandor revelaba el gran castillo”⁵).

Ese *ya*, que nosotros volveremos, en *ya, ya*, espera, demora, porque no se trata de entrar o ser aceptado por *El Castillo*, sino sólo en llegar a la posada de los señores a tiempo. Nosotros, los agrimensores de nuestro tiempo sin ser, de un ser sin tiempo, de isotopías precarias, de precarios y asistentes desconocidos, extraños, ¿como los de K.?

3) HOMBRE Y SUJETO

Es oportuno aclarar y entendernos. De lo anterior se siguen al menos tres cosas:

1. La necesidad de no perder el compás de las configuraciones.
2. La terrible tarea que esto representa para un investigador formado y configurado por el libro como matriz.
3. Que el sujeto, entendido como aquél capaz de iniciar una acción, no es necesariamente un hombre, pero que la configuración no atañe sólo a los sujetos sino, y quizás sobre todo, a los hombres.

Podría parecer obvio. No lo es en una época en la que emerge un movimiento transhumanista: “La ciberpercepción acarrea consecuencias múltiples que trascienden la mera definición psicológica al perder el ‘yo’ el estatuto de análisis de la psicología o la sociología y, por supuesto, la vieja idea de sustancia pensante de la filosofía, además de forzar a pensar metafísicas de urgencia, si no ya para sostener el concepto ‘individuo’ o ‘yo’, sí al menos para intentar adelantarse al tiempo en un intento de redefinirlo, no de ‘llenar el hueco’ como dice Foucault, sino de hacerlo nuevo; obliga a pensar diferente: el producto del pensar se adelanta a lo pensado, perdida la fe en el orden causal de aquel viejo y único mundo. *La sinergia humano-máquina desestabiliza e impele a resistirse (o no) a que la mente sea sustituida por un programa, al tiempo que inutiliza parejas tradicionales como individuo-sociedad o yo-ello.*”⁶

“

La honestidad y la autodisciplina del preguntar son consecuencias de una educación cristiana de siglos. Sin embargo, el cristianismo tiene el defecto de ponerse, luego, como contenido y de caer en una respuesta y una concepción del hombre que dan lugar a una antropología filosófica con un elevado compromiso ontológico.

”

Frente a esta desestabilización, y en defensa del hombre, abogamos por un cambio en la manera de concebir al hombre. La pregunta ¿qué es el hombre? es, *en cuanto lenguaje*, originaria resonancia de su verdad, la verdad del hombre, cuyo ser consiste en *ser de preguntas*, pero más aún, *ser de pregunta de su ser*. Pero sólo en cuanto pregunta, pues las respuestas, las antropologías antropológicas puntuales que se han dado y se dan en la historia, son respuestas realizadas a partir de léxicos y narraciones provisionales: mero mapas para mantener viva la pregunta y fijar una *posición hombre*, mudable, que no es ni esencia, ni naturaleza, ni condición humana. Esta posición es la fuente de la cual brotan los léxicos provisionales en sus recíprocas imbricaciones y danza argumentativa; a veces, enfrentamiento nefasto que implica la dimensión política social y económica y el mismo concepto de cultura.

La pregunta del hombre sobre sí mismo abre posibilidades y explora realidades, sin llegar jamás a ser, en tanto respuesta, nunca para sí mismo, una realidad desplegada (completamente). *El hombre se escurre del hombre*. No coincide consigo mismo, abre trascendencias más allá de la inmanencia de un lenguaje que, si estuviera sólo replegado sobre sus estructuras, compacto y sin fisuras, no dejaría espacio para lo divino, forma en la cual el hombre pone la pregunta sobre su ser

como aventura y, finalmente, como misterio. La muerte es la palabra que derriba la gramática.

Debemos con fuerza esta pregunta al cristianismo, en tanto que la honestidad y la autodisciplina del preguntar son consecuencias de una educación cristiana de siglos. Sin embargo, el cristianismo tiene el defecto de ponerse, luego, como contenido y de caer en una respuesta y una concepción del hombre que dan lugar a una antropología filosófica con un elevado compromiso ontológico. Es una ontología de máximos.

Evitar la ontología de máximos, para quedarse con la mínima, nada tiene que ver con una postura escéptica, sino con salvaguardar la pregunta, pues, si se rebatiera la premisa mayor, casi nunca fundada en un demostración racional, se caería todo el aparato antropológico quedándonos con una suerte de retórica, más o menos efectiva socialmente, pero filosóficamente débil, por no decir nula.

Decir que el hombre y lo humano son una pregunta, y nada más, filosóficamente entendido el asunto, significa decir que esta pregunta es vocada e invocada como *preservación de lo humano* contra, también, y quizás sobre todo, el ciberespacio. Sólo cuando desaparece la pregunta, más que las respuestas, el hombre desaparece, tragado por el mundo de las respuestas exactas.

La pregunta es el pensamiento del hombre que no sabe lo que es, y por ello pregunta. Lo que no equivale a decir que el hombre es pensamiento, porque esa es ya una respuesta. “El pensamiento no debe sólo ser cada vez pensado [preguntado como pensar y pensado como pregunta] partiendo del instante creativo de la decisión del particular, pero es, en cuanto pertenencia a la vida misma una decisión histórica – una crisis”.⁷ Pero la crisis, lejos de ser negativa, señala un rasgo del hombre-pregunta. Si no se diera la crisis, no sólo se cristalizarían las respuestas, volviéndose anacrónicas, sino que desaparecería la pregunta y con ella la procedencia misma del hombre, y su origen. Lo que equivale a decir que el hombre que en su ser pregunta por su ser, pensando como decisión, es lo que permite que la crisis brote y ponga en crisis las verdades gastadas y corrientes, fácilmente presa de los poderes constituidos. La crisis a la que se alude aquí remite a una instauración de discurso, provisional ella también, pero, en tanto problemática, vida misma de lo humano del hombre. La crisis es un *claro de bosque* donde el hombre pregunta y se

actualiza en su ser humano, dejándose interpelar, “que” pregunta, por todo lo que no es humano –lo inhumano– y por todo lo que no siendo humano tampoco es inhumano. Lo divino es la pregunta que el hombre realiza a partir de la crisis. Lo divino, la religión que trata de religar, es crisis, y respuesta, y nueva crisis, nunca fe, y menos religión confesional. Lo mismo pasa, y ha de pasar, con la era de la digitalización, nuevo dios que se erige sobre la *muerte de Dios*.

Ahora, ciertas instauraciones de discurso –el ciberespacio, internet podría ser una de ellas– bloquean la crisis, es decir la pregunta, en consecuencia borran el hombre del mapa para reemplazarlo con la exactitud de la técnica que se convierte en una cotidianidad chata donde la pregunta del hombre sobre el hombre –pregunta destinada a no tener una respuesta definitiva– desaparece, declarada como inútil especulación, pérdida de tiempo y recurso, negación de la decisión creadora a favor del *one best solution*. Pero el hombre no viene al mundo como solución del mundo, sino como crisis del mundo, impugnación del mismo. El hombre es el abismo del mundo que impulsa a que el mundo conquiste un nuevo ser-mundo.

La pregunta, así entendida, es el pensamiento, no pensado por un sujeto, que piensa los pensamientos del mundo para *radificarlos* y ponerlos en crisis, apertura que no se quiere hacer cerrar en la clausura de una antropología filosófica estructurada como cuerpo doctrinal. La pregunta ¿hombre? es el pensamiento de los pensamientos, acción de las acciones, vértigo, y tonalidad anímica elevada, bien pronto desplomada por los discursos de una tecnología no orientada, ni mucho menos controlada, por la *posición hombre*. Que no se sienta la necesidad de mudar, periódicamente, la posición hombre, significa que hay sólo posiciones y no hombre en vigía de sí mismo. No se trata de vacío humanismo, sino que en esto nos jugamos lo que hasta ahora hemos sido: sujetos capaces de iniciar una acción *en función de su ser hombre como pregunta del hombre*. Tal vez no seremos más. Tal vez seremos otra cosa. Pero esa otra cosa, ese no ser más pueden ser peores de lo que hasta ahora hemos sido. Y hemos sido a la vez mucho y poco, exceso y falta.

Es nuevamente la ontología *cyborg* la que hay que encarar; es ella la que desestabiliza:

Parafraseando a Baudrillard, lo que siempre ha estado en juego ha sido la

“

Pero el hombre no viene al mundo como solución del mundo, sino como crisis del mundo, impugnación del mismo. El hombre es el abismo del mundo que impulsa a que el mundo conquiste un nuevo ser-mundo.

”

realidad. La trascendencia del ser humano, que antes venía dada por la participación en él de un ser superior y porque había sido creado, recibió un duro golpe cuando Darwin puso en tela de juicio el concepto de creación. La trascendencia viene dada hoy por la tecnología, ya sea virtual o genética, por la que el individuo adquiere un nuevo estatus ontológico. El tecnocuerpo es un ser trascendente gracias a la tecnología, porque hace ir más allá de su condición de organismo, tanto porque son posibles los saltos evolutivos gracias a la tecnología genética, como porque el orden de la realidad puede modificarse mediante tecnología virtual.⁸

4) HOMBRE, SUJETO, REALIDAD

Ya hemos llamado la atención sobre el hecho de que el sujeto, entendido como aquél capaz de iniciar una acción, no es necesariamente un hombre, pero que la configuración no atañe sólo a los sujetos sino, y quizás sobre todo, a los hombres. Además que corremos constantemente el riesgo de una desconfiguración radical que nos haría incapaces de comprender la mutación que acontece en virtud de la trascendencia ontológica. Al mismo tiempo esta trascendencia, apoyada en el tecnocuerpo nos haría, correr el riesgo de perder el sujeto humano, dando lugar a la aparición de máquinas-sujeto.

En resumidas cuentas tendríamos, por un lado, 1) máquinas-sujetos basadas en *sistemas de información* y caracterizadas por la *repetición* y la *falta de pregunta acerca de si lo que están haciendo corresponde a lo humano del hombre*. Estas máquinas-sujetos tienen en el fondo hombres colocados en lejanías interactivas, en una soledad que tratan de solventar mediante la virtualidad. Por otro lado, 2) tendríamos hombres-sujetos basados en la *comunicación* y caracterizados por la *constante posibilidad de hacer surgir la pregunta acerca de lo humano del hombre evitando así la deshumanización a manos del propio hombre*. El hombre-sujeto está colocado en cercanías recíprocamente activas.

En las máquinas-sujetos, donde el hombre es fondo y residuo de lo que la virtualidad deja, la lejanía se acompaña a una obsesión de localización, es decir, la máquina-sujeto exaspera la interactividad por el terror a la soledad del *hombre fondo*. De ahí que el móvil en la mano, el correo electrónico constantemente conectado, Skype y cuanto otro sistema de conexión de última generación, constituyan el dispositivo básico de la máquina-sujeto-hombre-fondo. Pero estos dispositivos y esta mutación por más que representen lo más cercano a la desconfiguración radical respecto de la generación formada en la tradición del libro, de la prensa, de la radio, de la televisión, tienen que remitirse al hombre-sujeto y a la comunicación, abandonando el sistema de información: “Efectivamente, siempre llega un momento en que es preciso apagar la máquina y hablar con alguien. Todas las competencias que tenemos con las tecnologías no conllevan para nada una competencia en las relaciones humanas”⁹.

Vale decir que la máquina-sujeto, basada en los sistemas de información, en nada mejora la comunicación humana, sino que primero se le superpone para luego paulatinamente desplazarla con un ritmo vertiginoso:

No existe la comunicación sin la prueba del tiempo (...) siempre hay una duración en el acto de la comunicación. El ordenador (...) acentúa gracias a la velocidad, esta idea de una posible disminución de la obligación del tiempo. Comprimiéndolo casi se anula. Es cierto, navegar por la red ocupa tiempo pero hay tanta diferencia entre el volumen de aquello a lo que se accede y el tiempo pasado, que entramos así en otra escala de tiempo¹⁰.

Con esto desaparece la primera dimensión de la realidad, la temporalidad, pues la eliminación de la *duración* implica una auténtica mutación antropológica. Estamos frente a un tiempo rápido que se traga el tiempo. Respecto del espacio ya sabemos cómo los sistemas de información nos han globalizado hasta tal punto que estamos en todas partes y por tanto en ninguna. Por debajo de esta transformación de la realidad se mueve la utopía de eliminar la diferencia entre sistemas de información y de comunicación:

Hay tanta diferencia entre la rapidez de los sistemas de información y la lentitud de la comunicación humana que soñamos encontrar en el hecho de que haya cada vez un número mayor de máquinas el medio para introducir un poco más de racionalidad en las relaciones humanas¹¹.

Pero esto no es posible. Por más máquinas-sujetos que entren en juego, la lentitud de la comunicación, su duración no podrán sino borrar del mapa al hombre sujeto. La racionalización de los sistemas de información, no sólo no corresponde a las razones humanas, sino que las niega, dando lugar a la mutación y al hecho de que “el marciano le tenga miedo al hombre”. Por si fuera poco,

...asistimos a un desplazamiento progresivo de razonamiento: a partir de la premisa de que los resultados técnicos son siempre buenos para la comunicación humana, llega la conclusión de que las industrias de la información son la esencia de la sociedad del mañana¹².

Dicho en otro léxico, la trascendencia tecnológica conduce a una ontología de lo no humano. ¿Qué se desprende de esto en términos del hombre-sujeto? Es Nietzsche quien nos alerta que el peligro de los peligros es perder de vista que la pregunta apunta a la amenaza de la falta de sentido. Podemos hasta decir –diserta el filósofo de Basilea– que a falta de una nueva *posición hombre* las cosas pierden su peso. Se vuelve apremiante la pregunta respecto de la posibilidad de conducir las cosas en un nuevo sistema de pesos. El peligro de los peligros se evita mediante el *pensamiento de los pensamientos*, aquella pregunta que es el único ser del hombre. Si de condición humana debe seguirse hablando, diremos que esta condición no es la de ser portador de una pregunta, como si hubiera un hombre y luego una pregunta, sino que

la condición misma es la pregunta y nada más. Hombre y pregunta son dos modos de decir lo mismo. Tampoco lo divino no debe ser confundido con Dios, que es una respuesta, la primera técnica para enfrentarse con la contingencia. La pregunta en cambio se instala en y como contingencia y, más aún como crisis. No como crisis del hombre, sino crisis que abre espacio a nuevas posibilidades. El hombre, en rigor, no es un ser: es sólo una posibilidad de ser.

La pregunta esencial y contingente a la vez, es la única antropología filosófica que estamos dispuestos a aceptar. Mínima, como asidero en el ser, la pregunta es la cima y el sino del ser que nos habla y que es hablado por nosotros, cuando no permitimos que los sistemas establecidos nieguen la aparición de crisis como estupear, allí donde el sentido común ve solamente un apacible andar existencial.

Todo lo que no lleva a la pregunta, no lleva el hombre consigo. En esto, tal vez, el humanismo rancio y baboso sea el peor de los enemigos, al igual que la técnica tenida como deshumanizadora. Que lo es sólo cuando ahoga la pregunta, como las religiones o cualesquiera otras cosas que quieren salvar al hombre de ser un ser sin salvación. Lo que es más, la salvación no es un tema que va con el hombre. La crisis no busca la salvación, así como la pregunta, sino hundirse en la precariedad, necesaria para vivir y establecer culturas y sociedades, de respuestas contaminadas por los poderes, con el fin de lograr intersticios de liberación.

La pregunta ataca los poderes. El hombre es hombre más allá de los poderes institucionalizados e interiorizados acriticamente, sin que esto signifique que no haya, ónticamente, que vérselas con el poder. La pregunta es el eterno *boomerang* que regresa al ser de la pregunta. Pero si el *boomerang* regresa, una razón existirá. Si Sísifo sube la roca para que esta caiga, habrá que preguntarse no por qué cae, sino por qué la sigue subiendo, sabiendo que caerá. Es que no puede evitar subirla, y caer. De esto trata la pregunta, el hombre, palabra misteriosa puesta por quién sabe quién, pues el hombre no se autodenomina a sí mismo sino en el nivel óntico. El lenguaje nos abandona. La pregunta entra en el silencio. El hombre es el silencio del lenguaje y, a la vez, quien crea el lenguaje a partir de una primera palabra no dicha por él. Esa primera palabra es el tiempo y el ser, el tiempo que repercute sobre el tiempo. Y el tiempo, repercutiendo sobre sí, no

quiere más que generar tiempo: tiempo de pregunta.

■ Massimo Desiato
Doctor en Filosofía y columnista
del diario *El Nacional*

REFERENCIAS

- AGUILAR GARCIA, T. (2008): *Ontología cyborg*. Barcelona: Gedisa.
ELIAS, N. (1993): *La sociedad cortesana*. México: F.C.E.
KAFKA, F. (1998): *El castillo*. Madrid: Alianza.
HEIDEGGER, M. (1995): *Nietzsche*. Milano: Adelphi. (1961).
WOLTON, D., (2000): *Internet ¿y después?* Barcelona: Gedisa.

NOTAS

- 1 ELIAS, N. (1993): *La sociedad cortesana*. México: F.C.E., p.41. La cursiva es nuestra.
- 2 Epígrafe *Dama de Porto Pim* novela de Antonio Tabucchi.
- 3 BAUDRILLARD, J., “El crimen perfecto”, citado por AGUILAR GARCÍA, T. (2008): *Ontología cyborg*. Barcelona: Gedisa, Barcelona. p.45.
- 4 KAFKA, F. (1998): *El Castillo*. Madrid: Alianza. p.7.
- 5 *Ibidem*.
- 6 AGUILAR GARCIA, T., Ob.cit., pp. 62-63. La cursiva es nuestra.
- 7 HEIDEGGER, M. (1995): *Nietzsche*. Milán: Adelphi. (1961). p.346. Traducción nuestra. De ahora en adelante. T.N.
- 8 AGUILAR GARCÍA, T., Ob.cit., p.63.
- 9 WOLTON, D. (2000): *Internet ¿y después?*. Barcelona: Gedisa. p. 114.
- 10 *Ibidem*.
- 11 *Ibidem*, p. 115.
- 12 *Ibidem*, p. 117.